

SEMAПА SAПТА DE MURCIA



PREGÓN 2022

Juan Antonio De Heras y Tudela

Edita

Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías de Murcia

Autor

Juan Antonio De Heras y Tudela

Portada

Enrique Nieto

Ilustración y fotografía

Antonio José Villa (p. 42)

Enrique Nieto (portada y p. 48)

Francisco Javier Sandoval García (interior de contraportada)

El Cortejo 2º Premio del Concurso de Fotografía

Diseño, maquetación e impresión

Ediciones Edima S.L.

D.L. MU-194-2022

- © Textos y fotografías de sus autores
- © Presente edición Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías



Juan Antonio De Heras y Tudela

"Ya se descuentan las horas para verte"

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA 2022

TEATRO ROMEA 6 de marzo de 2022



DEDICATORIA

A mis padres, que me transmitieron la fe y fueron un ejemplo de vida. A mi mujer y mis hijos, que son el sostén de mi existencia.

A la memoria de todas las víctimas de la pandemia, que tanto sufrimiento ha provocado, y a quienes se han dejado el alma y la piel por combatirla.

A Murcia, siempre Murcia, a la que tanto debo. Y a Aledo, siempre Aledo, cuna de mis primeros recuerdos nazarenos.

Y desde el más profundo de los agradecimientos, a las quince bendiciones que, en forma de cofradías pasionarias, hacen florecer la esperanza todos los días del año.



PASIÓN POR MURCIA

He salido temprano esta mañana antes de que el sol de la vecina primavera templara el pavimento de la acera y la luz de las farolas eclipsara.

He marchado despacio a la carrera sin proyectar ni sombra ni silueta. Me he asomado al Segura en su apariencia quieta.

Y he llegado a Belluga, cruzando los jardines de flores venideras, que hacen amigable el tránsito del tiempo en la Glorieta.

La pequeña capilla del palacio y el Señor que la habita, me han vuelto a bendecir, sin tan siquiera derrumbar mis desvelos en uno de sus bancos de madera. Al volver la mirada,
confortada y serena,
tras la leve pendiente
que a la plaza inclinada
da forma de patena,

el imafronte blanco
en contraste absoluto
con la noche más negra,
y la torre galana
con su blanca presencia,
me recuerdan que ahí dentro,

-ya en el mismo trascoroentre azules celestes,
la más Blanca Pureza
se quedó entre nosotros
y se hizo Fuente Santa,
para calmar la sed
y besar en la frente
y arropar con su manto
a la ciudad y su huerta.

Me recuerdan quién soy, a quién me debo, mientras mi corazón enloquecido impulsa en el tambor de su latido por mis venas

la sangre nazarena.

Y así, previo a que el silencio enmudeciera y el vuelo de los pájaros se alzara, solos tú y yo, sin nadie que nos viera, a solas ambos, mi dulce enamorada he podido sentirte.

He escuchado tu nombre y cómo por mi nombre me llamabas.

Y mi alma de tu alma prisionera, Y mi vida que en tu vida se proclama, Y mis anhelos que son tan solo tuyos han quebrado mi pecho hasta abrazarte, pues quererte es lo único que quiero.

Eres Murcia,
el sueño que venero.
Eres Murcia,
la tierra más sagrada.
Eres Murcia,
cofrade y penitente,
estante de mi ser
y para siempre.

Eres Murcia y sin ti yo no soy nada.

urcia es Tierra Santa. Es un sagrario. Ciudad sabia, porque su corazón pertenece a María, cuyo dogma inmaculado defendió antes que nadie. Tal vez por eso el cielo de Murcia luce así de bonito. Anda que no es bonito el cielo de Murcia. Como si Dios dijera: «por amar tanto a mi Madre, os pintaré azules puros y os mostraré la Gloria, en forma de atardecer». Esos atardeceres que transcurren a cámara lenta; de luminosos colores pastel; de celestes que se impregnan de naranjas, de ocres, de rojo y de amarillo gualda... en un ciclo perfecto que, un año más –pero no un año cualquiera—, nos ha traído hasta aquí. Que nos convoca a los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. A los colores de nuestra Semana Santa.

Hoy, dicen –y ha de ser cierto–, que es el primer domingo de Cuaresma. El tiempo que nos prepara para lo que ha de venir. Para mí esta Cuaresma empezó, no obstante, mucho antes. Recuerdo bien el momento exacto en que lo hizo. Nada es casual.

Por primera vez, el Cabildo Superior –ya estrenada la feliz iniciativa de celebrar reuniones itinerantes en las sedes de las distintas Cofradías— quedó citado en el templo parroquial de San Miguel. Nunca antes se había reunido allí. Era la tarde del 7 de octubre, festividad de la Virgen del Rosario.

Entonces lo comprendí. No tanto el merecimiento que pudiera tener para dirigirles esta mañana la palabra, una designación que considero fruto del afecto y que nunca, por más años que viva, podré llegar a corresponder.

Comprendí que nada es casual.

Hay que ver Señor, cómo te las gastas para mandarme mensajes. No, si no te lo reprocho, porque a veces, ya sabes, se me enredan los pies entre las cosas cotidianas. Sería capaz de tropezarme contigo por Trapería, y no darme ni cuenta. Cuántas veces me habrá pasado ya. Así que tenías que ser claro y contundente. No dejar espacio alguno para la duda. Y vaya si lo has conseguido.

Llevo removidas las emociones desde ese concreto instante. La tarde en la que supe que la elección del Cabildo se había producido junto al Cristo de la Misericordia; en el regazo mismo del Titular de una Cofradía cuya fundación impulsó su primer Hermano Mayor, mi tío abuelo Julián Tudela, ayudado por quien más tarde llegaría a ser presidente de honor de la Asociación de la Prensa, y el más extraordinario y merecido pregonero de la Semana Santa de Murcia: don Carlos Valcárcel Mayor.

Abrazado por el Cristo de la Misericordia y, por si fuera poco, designado en un todavía menos casual 7 de octubre. Una fecha señalada, sin duda, para muchos, pero que es aún más importante para mí. Un día especial, íntimamente especial, pues María del Rosario era el nombre de mi madre.

Ella, a buen seguro, estará ahora mismo asomada al Romea desde un palco del cielo, sonriendo, junto a mi padre y a tantos seres queridos que, aunque me falten, nunca han dejado de acompañarme. Hoy, también, los siento aquí conmigo.

Os tengo cerca, y os tengo muy presentes.



uiero acordarme, antes de avanzar por esta Vía Dolorosa y de esperanza, cuando ya los olivos y las palmas se inquietan, pues han de anunciar al Hijo del Hombre; quiero acordarme de dos años enteros de sufrimiento extremo; de aplausos sostenidos en balcones a las ocho de la tarde. Quiero acordarme de los besos que quedaron pendientes. De los adioses sin despedida.

Quiero acordarme y quiero pedirles algo que ya sé que tengo concedido, porque ustedes así lo demuestran de manera constante. Que no les olvidemos. Que en cada estación de penitencia, nuestra oración sea con ellos y con quienes han sufrido y sufren el dolor de la pérdida.

Quiero pedirles que esta Semana Santa, con la ilusión renacida de sus procesiones, sea plegaria infinita de consuelo. Desde hoy y hasta que el Resucitado atraviese de vuelta el umbral de Santa Eulalia, para que todo empiece de nuevo, quiero pedirles esto:

Que arrimemos el hombro, nazarenos de Murcia, desde la devoción de nuestros rezos, y hagamos de esta Semana Santa la mejor ocasión y el mejor homenaje, el que sabremos dar, alzando en la cruz guía su recuerdo.

Recordar, ya saben,

• es volver a hacer pasar las cosas por el corazón

CALLE DEL SOL DE LUNA LLENA

En el patio de los recuerdos de mi infancia, aún brotan hoy flores de jazminero. Aún resuenan las notas de un piano que dejó de tocarse antes de tiempo. Se abren ventanas, se descorren cortinas, y la mesa de camilla se alimenta del calor desprendido de un brasero.

En la Calle del Sol, manda la Luna Llena. Es así como vuelvo al escalón que ya no existe, con la impaciencia convertida en almohadilla y el olor a lumbre prendido en el ambiente. Sentado en mi escalón perdido, se respira hogar en cada esquina y la vida sin pena se respira siendo niño en Aledo eternamente.

Tras la reja, con forma de cratícula, se rompe la clausura del silencio. No hacen falta palabras. Todo habla.

Las cosas más pequeñas me cuentan sus historias. Me llevan de la mano hasta esa puerta, a mi asiento de piedra que es una mecedora en la memoria. El jazmín florecido de mi infancia, huele a Semana Santa. Su terciopelo blanco me acaricia y sabe a caramelo nazareno en mi del Calle del Sol, de Luna Llena.

En esa misma calle, más arriba, el capitán de 'Los Armaos' es carpintero y en perfecto 'Caracol' el alma gira.

No quisiera ser él, cruel ironía, quien a otro carpintero, clavado hasta la muerte en el madero, le diera la lanzada en 'La Agonía'.

No quisiera ser él, mas así ha sido y todo se ha cumplido nuevamente. Y desde mi escalón de penitente, en la Calle del Sol de Luna Llena que se viste con forma de pendiente, presencio el Santo Entierro del Yacente tras San Juan y la Virgen dolorida.

Aferrado a esa imagen compungida su promesa de amor se hace presente, y la vida sin pena se respira en la calle con luna renacida y junto a un jazminero en el que brilla el sol eternamente. n ese manantial de aire puro en Sierra Espuña —la muy noble y leal villa de Aledo— di mis primeros pasos, comulgué por primera vez y fui bebiendo la identidad que me define. La que hacía que, en mi exilio de nacimiento en Madrid, todo fuera sed y ganas de regreso. Y con ese aire inhalado a bocanadas en Aledo y en mi querida Lorca, llegué a Murcia a enamorarme. De la ciudad primero y, no tardando, del regalo que Dios me tenía reservado. La conocí en Navidad y nos hicimos novios un Martes Santo. Han pasado 33 años desde entonces —nada es casual— y, fruto de ese amor, han nacido y crecido dos maravillosos hijos por los que, mi mujer y yo, damos las gracias cada día.

Recibir y dar vida. El ser humano es un milagro, también para la ciencia. Pero sería un milagro incompleto, sin otra dimensión. La tradición, la *traditio*, no es otra cosa que la entrega de lo que uno posee. Por eso, si recibir y dar vida es importante, recibir y dar un sentido pleno a la vida aún lo es más. No existe posesión más sagrada que la que es patrimonio del alma. Y eso es algo que sabe bien todo cofrade.

Vuestros ojos devuelven el reflejo de ese legado, hasta tal punto, que solo con miraros, es imposible no emocionarse. Vuestros ojos cuentan vivencias que arrancan de lo más hondo del corazón. Porque, en el patio de vuestros recuerdos, también luce el sol eternamente. Porque honráis esos recuerdos, con vuestros actos. Con una vida de generosa *traditio*, de generosa entrega que logra que la Semana Santa en Murcia siempre caiga en Año Santo.

Santificáis las 52 semanas, al ofrecer vuestras oraciones a quienes más lo necesitan. Os he visto rezar por cada enfermo que sufre; por cada familia que ha perdido a un ser querido; por los hermanos de La Palma cuando el volcán de Cumbre Vieja arrancó lágrimas de destrucción, bajo coladas de infierno; por la paz necesaria en este mundo que tantas veces se nos vuelve loco y se aferra testarudamente al conflicto.

Os he visto recoger alimentos, recaudar fondos, buscar a Jesús en el abandonado, en los excluidos, en los repudiados, en los convertidos en invisibles para tantos que no quieren ver y que, en el fondo, lo que ocultan es su propia conciencia.

Sois la sal de la tierra, el celemín sobre el candelero, la ciudad en lo alto del monte. Sois caridad, fe y esperanza; sois perdón, misericordia y amparo; sois salud, recate y refugio; servitas de las causas más nobles. Sois custodios de la preciosísima sangre derramada por nuestro padre Jesús para la salvación del mundo; y sois testigos de la resurrección del Yacente, que dejó vacío el Santo Sepulcro para regalarnos un sentido pleno de la existencia, nuestro mayor patrimonio.

Sois la imaginería viva, la más bella talla, porque está hecha a semejanza del Creador. El cuerpo animado de una Iglesia que avanza en común unión, en una procesión de gloria que sigue la estela de quien nos precede y orienta en su andadura a quienes vienen por detrás.

Por eso yo os digo, nazarenos, bienaventurados seáis todos y cada uno de vosotros, y bienaventurada sea Murcia por teneros.

Cargáis, además, el peso de la responsabilidad de ser depositarios de un tesoro que trasciende su dimensión histórica o artística pero que, indudablemente, tiene incluso desde esta única perspectiva un incalculable valor. Hasta los huérfanos de fe lo reconocen, salvo que sean también hijos de la incultura, del fanatismo más rancio o de la estupidez. No dejemos que esas voces, que a falta de argumentos buscan siempre el ruido o la provocación, sean la que se más se escuchen y mucho menos las que prevalezcan.

Orgullosamente cofrades, así debéis sentiros, porque sois un orgullo para Murcia. El blasón de la hidalguía luce en vuestro pecho como un escapulario. Cada convivencia, cada mesa redonda, cada jornada, cada conferencia, cada culto, cada publicación que es un ajuar de conocimiento, cada investigación, cada ensayo, cada partitura, cada esfuerzo restaurador, cada nuevo proyecto, cada una de las innumerables facetas de vuestro buen hacer, es una distinción en sí misma, pagada con vuestro esfuerzo, con vuestra pasión y con vuestros recursos, para ser regalada y ofrecida en el altar de la generosidad.

Por eso aquí y ahora pido algo, reclamo algo, solicito algo.

Porque como depositarios y multiplicadores de este preciado bien, estando además declarada nuestra Semana Santa de Interés Turístico Internacional, os habéis hecho acreedores, con creces, a lo que desde este pregón y desde esta tribuna reivindico, pues es de justicia hacerlo.

Pido, en primer lugar, que dispongáis de todo el apoyo que vuestra inmensa labor requiere. Que no falte nunca el respaldo a las Cofradías —que son quince bendiciones— y a un Cabildo Superior que cumple 75 años y que quiere hacer de la Ermita del Pilar –su nueva sede– un pilar de actividad religiosa, cultural y cofrade.

Una espacio cedido, que aún ha de acondicionarse, y que, pese a ser emblemático, no ha de constituir sino un primer impulso en una ambición que sueña y anhela lo mejor para Murcia.

Y dentro de ese sueño compartido, apelo a las instituciones para que Murcia disponga de lo que pide, reclama, solicita y se merece: el apoyo a los museos cofrades ya existentes, y la creación –sin medias tintas, sin fisuras y sin complejos—de un museo permanente de la Semana Santa que esté a la altura de su importancia, de su prestigio internacional y del interés que despierta. Dicho está, y espero que se cumpla.

hora, cofrades, bien lo sabéis, tocan días importantes en el calendario. Tanto lo llevamos esperando, que no nos caben las ganas en el embalse de la paciencia. Murcia descuenta ya la escasa distancia para que se abra el Azud, y ríos de colores nazarenos rieguen el asfalto cuarteado tras dos —y hasta tres años— marcados por la sequía de la ausencia. Procesiones de agua viva para empapar una tierra siempre fértil, que necesita volver a sentir la primavera. Que os necesita.

Desde las pedanías más cercanas de la huerta viaja, navegando por acequias de viento, el sonido inconfundible de una polifonía de heraldos, que ya ensayan la saeta de Luceros, con la piel de los tambores estirada como una mejilla que se ofrece, mientras los palillos de las baquetas percuten entre sí y los carros-bocina entonan su coral y aguda convocatoria.

En el hogar de cada nazareno estos sones heredados —que se acercan, pues llega el *Via Passionis*— llaman a arrebato. Comienza el ir y venir a los armarios, el planchado de túnicas, el repaso a cíngulos, rosarios y capuces; el encargo de monas y de caramelos que preñen de dulzura las *senás* que han de ser —si Dios quiere y Dios lo quiera—nuevamente compartidas, porque Murcia es matrona en todo tiempo; porque Murcia se regala a manos llenas, para que nadie se sienta extraño, ni forastero, ni distante, ni falto de acogida.

En los rincones más diversos de España y de tantos países, murcianos que residen lejos de su corazón, organizan las maletas del reencuentro. Y las casas regionales se disponen para viajar al centro de su identidad; para vivir, que es siempre ver volver; para participar de los cortejos y acompañar en la presidencia al Resucitado.

Ya revolotean cientos de ángeles, con forma de niño, que se preparan para elevar, sobre sus pequeñas fuerzas, la más bella expresión de nazanería; una ilusión que pregonan y pasean a través de sus hermandades infantiles, como muy pronto, tan pronto como se pueda, lo volverán a hacer en su procesión señera. ¿Cómo no iba a estar el Cielo enamorado de Murcia, viéndoles desfilar como un reguero de querubines entre nubes blancas de incienso?

La Ciudad con Ángel sabe que la Pasión se aproxima. Siente el calor de la ceniza en la frente, la salud del primer Viacrucis y el rescate de su Cristo milagroso, cuyos pies se desgastan no por los besos, sino de tanto salir a nuestro encuentro, de tanto buscar sin descanso la confidencia de nuestras peticiones.

La Ciudad con Ángel ansía no ayunar por otro año, ni abstenerse a la fuerza, porque tiene hambre y sed de su barroquismo; del roce de la sarga, el raso y el terciopelo; y de la inigualable contemplación de sus evangelios sobre el trono de sus hermandades. Porque todo está listo, para que todo empiece.

epan que yo comparto que las primeras procesiones de la Pasión según Murcia tienen forma de traslado. Que creo firmemente que no se equivocan quienes se confunden. Transeúntes o visitantes ocasionales que se tropiezan fortuitamente con una multitud que espera y acompaña, mientras la Brigada Paracaidista rinde honores y porta con marcialidad la imagen de Nuestro Padre Jesús, porque el Nazareno añora a sus camareras de honor, las Agustinas Descalzas, y desea ponerse en sus manos y descansar en ellas, por unas horas, su pesada cruz.

No se equivocan, aunque se confundan, las gentes que cruzando la ciudad, descubren y se asombran cuando el señero y castizo barrio de San Antolín, permanece absorto a la llegada al templo tres veces construido, de los pasos que acompañarán al Titular del todavía distante Lunes Santo y, tras el himno al Cristo del Perdón –que entonan todos, que todos conocen–, se intercambia animada tertulia en torno a un 'carajillo nazareno'.

Creo que aciertan quienes consideran que la historia más grande jamás contada empieza en el patio de un convento. Las hijas de San Francisco han cuidado con privativa delicadeza del Gran Poder, a quien el Amparo y González Barnés convirtieron en el Cristo de los Toreros, como también lo es de los periodistas y críticos taurinos. Todo invita al recogimiento en las Clarisas Capuchinas y a contenida emoción, con esa densidad del aire que cambia en los lugares consagrados y que te envuelve, hasta hacerte comprender el verdadero significado de la paz interior.

Si se fijan, qué bello –y qué poco casual– es que el Viernes de Dolores arranque a las ocho de la tarde de un miércoles de Cuaresma, en el preciso lugar en el que un sencillo nicho, con una humilde lápida, custodia el descanso eterno de Salzillo. Desde ese relicario, el cielo comienza a teñirse de un azul especial, de amor intenso, mientras Jesús del Gran Poder avanza con los labios entreabiertos por su camino adoquinado –para Él construido– y recorta su silueta en el Malecón, con un fondo de palmeras que inclinan su cabeza en señal de respeto. Hasta la Catedral se santigua cuando ve a Cristo dirigirse a San Nicolás, porque sabe que se acerca la hora de la amargura y de la redención, del cáliz que no puede ser apartado.

Con el color mariano de la Inmaculada, las ocho hermandades que junto a María Santísima de los Dolores hacen gritar a Murcia «isoy del Amparo!» traspasan el dintel del tiempo, mientras ese bendito cáliz de la Pasión, portado por un ángel, refleja la primera lágrima derramada, que desciende por el capuchón de los azules como una lengua de fuego.

Bullen las calles, con sus nazarenos de silla ocupando el lugar que más les gusta; con quienes siguen el cortejo para no perderse el detalle de un paisaje que cambia, porque la ciudad besa de mil formas distintas y con mil luces diferentes el paso de sus procesiones. Y cuando San Nicolás de Bari vuelve a aparecer enfrente, toca callar para que con claridad se escuche la voz que resonará siempre con el eco tan presente de Ángel Galiano, al pronunciar la orden: «¡A las manos!» y a sus manos bajan los estantes al unísono al Señor que todo lo ampara, pues pasa la media noche y ha de recogerse.

o creo que es por esto por lo que la Fe de Murcia tiene los ojos azules. El Cristo de los Capuchinos los ha heredado de su Madre, Santa María de los Ángeles. No hay mayor Fe que la de María, puerta siempre abierta, rosa sin espinas, mar de toda gracia, templo y cuna que nos recuerda que si el Viernes de Dolores es celeste inmaculado, el Sábado de Pasión también lo es, desde esos ojos misericordiosos, sin pecado original concebidos, que se vuelven hacia nosotros para mostrarnos el fruto bendito de su vientre.

Que nos piden que seamos instrumentos de su paz, que pongamos alegría en la tristeza, esperanza en la desesperación, unión en la discordia, verdad donde haya error, perdón ante la ofensa. Que nos imploran que no busquemos ser comprendidos sino comprender, ser amados cuanto amar, porque es dándose como se recibe, porque solo muriendo se resucita a la vida eterna.

Ojos azules que nos guían hacia esa cruz franciscana de San Damián que se transforma en un 'Lignum Crucis' penitente, pues cada nazareno de la Fe, con su túnica marrón y su cíngulo blanco, es una astilla de madera viva de la Pasión de Cristo, y es futuro en las jóvenes voces corales del colegio San Buenaventura.

Desde hace tres décadas —treinta años que se cumplen ahora— tras esos ojos azules Murcia deposita los suyos en el encuentro de la Santísima Virgen del Primer Dolor y San Juan Evangelista, con Nuestro Padre Jesús de la Merced, en su traslado hacia San Juan de Dios, que se encomienda a la Salud.

Todo se entrecruza nuevamente. La Fe, avanzando en su recorrido al reclamo sordo de los tambores que la preceden. La Salud, dirigiéndose hacia la iglesia museo del antiguo hospital de San Juan de Dios, vinculado secularmente al pontificio y romano hospital de Sassia, cuyo escudo y emblema recuerda tanto a la Cruz de Caravaca. Y la caridad franciscana, que se vuelve rojo corinto cuando la Caridad de Murcia sale de Santa Catalina.

Fue San Buenaventura, al meditar sobre la Pasión, quien inspiró al Greco y a tantos otros artistas, cuya mirada creativa se detuvo sobre el momento en que Jesús era desprovisto de sus vestiduras, para ser crucificado.

Contemplad el expolio de Cristo. Mirad cómo los sayones arrancan con violencia sus escasas ropas, antes de sortearse la sagrada túnica. Y Murcia llorará, sin duda, ante esa escena, cuando la vea procesionar por primera vez esta Semana Santa.

Se conmoverán las hermanas dominicas de Santa Ana, asomadas al trasluz de las rejas del ventanal más alto del convento. Y la superiora dará instrucciones precisas para que este año las reposteras se esfuercen como nunca al amasar y hornear las monas de pascua, al preparar las torrijas, buñuelos y pestiños, porque todo esfuerzo es poco para endulzar la amargura de Jesús y el sinsabor de este tiempo de ausencia.

Porque la Caridad es un rosario corinto, que nos traslada a cada uno de los misterios dolorosos, para hacernos comprender el verdadero sentido de la entrega. Porque a las sagradas plantas del Cristo corinto de la Caridad, con su alfombra de claveles a la que nadie, salvo el propio florista que la adorna, puede poner un pero¹, va una pequeña arqueta con tierra y hojas de los olivos de Getsemaní.



er cómo amanece en Murcia un Domingo de Ramos es ver cómo amanece la tercera de las virtudes teologales: la Esperanza, el día en que San Pedro se transforma en Betania y extiende un manto verde, para preparar la entrada triunfal de Jesús, en el Jerusalén de nuestras vidas.

Porque somos Jerusalén. No se plantaron los olivos en un monte lejano ni en tierra extraña. La Fe, la Caridad y también la Esperanza, son atributos de Dios. En Él hunden sus raíces y a través de Él en nosotros, para que fructifiquen. La esperanza y la capacidad de tenerla, están en nuestro interior. Somos su arqueta.

¹ En muchas zonas de la huerta de Murcia a las manzanas tardías se las llama peros, por su forma y tamaño. Es tradición que el florista introduzca entre el adorno floral del paso una manzana, de modo que ya se ha encargado él mismo de ponerle un 'pero' a su trabajo.

Por eso la Pontificia, Real y Venerable Cofradía del Santísimo Cristo de la Esperanza y María Santísima de los Dolores, lo es también del Santo Celo por la Salvación de las Almas. Por eso nos invita al arrepentimiento. Porque es fácil caer, sin duda, pero aún así Dios confía. Cuando veamos pasar por Murcia a la Magdalena, ungiendo los pies del Salvador, recordemos que esa mujer, a la que los apóstoles reprendían, vivió hasta que conoció a Jesús una existencia atormentada. Siete demonios dice San Lucas que se expulsaron de su interior². Eso es tanto como decir que su vida, hasta ese momento, era un verdadero infierno, una tortura.

Y cuando después sea San Pedro, con la escolta de su gallo hace poco estrenado, el que nos muestre el dolor de quien ha traicionado a su mejor amigo, a su propia palabra y a su conciencia, con los ojos perdidos en el cielo, la tensión en el cuello y los dedos cruzados preguntándose: «¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho?». Cuando eso veamos, con la expresión sublime que le supo conceder la gubia madura de Salzillo, recordemos que Jesús ni tan siquiera ante esa negación había perdido la esperanza.

¿A quién, si no a María Magdalena, se mostró antes que a nadie Cristo Resucitado? ¿A quién, si no a Pedro, confió la piedra angular de su iglesia? ¿A quién, si no a nosotros, se dirige cuando sale de Betania?

Ojalá tuviéramos la mirada limpia de los niños. Los pequeños de esa primera hermandad de la inocencia que abre el cortejo del Domingo de Ramos. Porque el Monte de los Olivos está en Murcia, porque somos Jerusalén y porque

Desde su arbórea cruz, agonizante, sin perder aún así la confianza, sin rastro de reproche en el semblante pasa Cristo y su gesto nos enseña que la vida no se acaba en ese instante que a la muerte ha vencido la esperanza.

Vencer a la muerte. No se puede vencer a la muerte sin comprender el valor de la vida. No se puede comprender el valor de la vida, sin entender hasta dónde llega la dignidad del ser humano.

Si interiorizáramos que somos hijos de Dios y, por lo tanto, hermanos, aprenderíamos a vivir del único modo que merece la pena. Porque «¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se arruina a sí mismo?³»

No es el camino de la cruz el del poder, el orgullo, la vanidad, la soberbia, el egoísmo, la mentira, la traición o la venganza. Quien así se conduce en realidad está muriendo en vida, porque los triunfos que vienen de la mano de la injusticia no son tales, sino fracasos del alma.

Por eso el arrepentimiento al que llama la Esperanza, abre la puerta del Perdón. El perdón nos reconcilia, nos hace libres, nos regala la posibilidad de intentar ser mejores cada día. Por eso, el Lunes Santo murciano es, en sí mismo, un acto de contrición.

³ Lucas (9,22-25)

Lunes Santo magenta, que bebe de los ecos de aquella lejana Hermandad del Prendimiento. Lunes Santo suave, como el arte de la seda, como los labios que acarician los benditos pies del Señor del Malecón, que se ofrecen para recoger en ese ósculo las intenciones de un pueblo que peregrina, que aguarda, que confía.

A vosotros, nazarenos de San Antolín, que depositasteis el rosal pasionario ante la sagrada imagen de la Fuensanta, cuando el 18 de septiembre quiso ser Lunes Santo⁴. A vosotros, que habéis regalado a Cristo una corona de espinas trenzada con el amor de un inolvidable aniversario. A vosotros, que a la Soledad Coronada nombrasteis generala para que mande en nuestros corazones. A vosotros os pido que el 11 abril hagáis que este Lunes Santo resuene en nuestras vidas con plena intensidad, pues fue un 11 de abril y no otra fecha —nada es casual— cuando la primera túnica magenta recorrió Murcia en vuestra inaugural convocatoria, hace de esto 125 años.

Y así, con esa misma intensidad y con el pulso acelerado, pues el Calvario se aproxima, habremos también de seguiros hasta el encuentro que, en vuestra histórica plaza, nos unge y nos alimenta mientras, desde una balconada, la saeta se abre paso en mitad de la noche. Se abre paso y nos reclama.

⁴ En 18 de septiembre de 2021 la Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón pudo celebrar una procesión extraordinaria para celebrar su 125 aniversario, siendo su Titular el único en procesionar durante los dos años de suspensión de procesiones de Semana Santa, decretada por causa de la pandemia de Covid'19.

«Mirad al Cristo magenta, mi Señor del Malecón, que aún en la cruz de la afrenta ni siquiera se lamenta y nos muestra su perdón»⁵.



obre el blanco de Dios Padre, el azul del Hijo y el rojo del Espíritu Santo se cruzan, en el escapulario trinitario, para bendecir el último martes de Cuaresma. Solemnidad de capas y capuces, de morados y verdes, de anderos que avanzan al toque de señal de la Santa Cruz, la Esperanza y la Cautiva, pues las campanas de las tres hermandades del Rescate quisieron ser bautizadas y así se llaman.

Las tres suenan distinto cuando pasan por debajo del Arco de San Juan. O tal vez sea yo quien vibra de una manera diferente, cuando las veo atravesar el pórtico de esta salida a Murcia, extramuros del templo. Tal vez sea yo, que me estremezco cuando llega la Cruz Guía; cuando asoma la Virgen de la Esperanza con su belleza floreciendo en un campo de velas; cuando se acerca el nazareno de las manos atadas y los pies desgastados que, aún así, no se cansan.

⁵ La letra de la saeta al Cristo del Perdón, fue compuesta por compuesta por Juan Antonio De Heras y regalada a esta Cofradía con motivo de sus primeros 125 años de vida, su interpretación en el Teatro Romea estuvo a cargo de la saetera María Belén Alaminos

Tal vez sea yo el que cambia, cuando me sumo espontáneamente al tercio de promesas, junto a cientos de personas que rezan en silencio con acentos diversos y un mismo sentimiento. Tal vez sea yo, al saberme en mi esclavitud liberado, el que se transforma.

Si cierro los ojos, llega hasta mí el milagro de aquella talla, que se hizo liviana para que su rescate en tierra infiel costase al peso tan solo el equivalente a treinta monedas. Veo a los Padres Trinitarios rompiendo en la galera los grilletes de Miguel de Cervantes, para devolverle la libertad, tras cinco años de horrible cautiverio en Argel. Casi puedo imaginarlos construyendo su convento en Murcia, del que hoy apenas quedan unas columnas⁶, tan dados como somos en nuestra historia a destruir el patrimonio, más aún si es de la Iglesia o la representa. Y con los ojos cerrados, puedo entender que aquellos que fueron perseguidos y encarcelados en San Juan Bautista, convertida en prisión durante la Guerra Civil, buscaran consuelo acercándose a la pared tras la cual sabían que había sido escondido el Cristo trinitario del Rescate.

Porque estar cerca de Él ya nos libera. Porque no hay muro, ni físico ni humano, que de su amor infinito nos separe.

Y todavía maniatada mi alma a la visión del 'Ecce Homo' más bello, con su pelo natural mecido por la brisa sanjuanera, que ha querido soplar ligeramente para aliviar el dolor de

⁶ El convento de los Trinitarios fue demolido a principios del siglo XX. Sobre sus ruinas se construyeron las escuelas graduadas y el Museo Provincial (actual MUBAM). Sus columnas fueron utilizadas para embellecer la fachada del Museo de Bellas Artes, allá por 1910.

las espinas; todavía con esa presencia llenándolo todo, se me abre un hueco entero en las entrañas, para que quepa en él la cruz más prominente y caigo de rodillas porque llega la Salud.

Y al Cristo de la Salud, al primer crucificado de Murcia a quien los siglos tan solo hermosean, hay tanto que pedirle, hay tanto que suplicarle... hay tanto que implorar, que casi tengo miedo de no ser escuchado. Ya vivió mi Cristo otras pandemias. Ya acogió, con los brazos abiertos en su inmenso patíbulo, el rezo esperanzado de los enfermos hospitalizados en San Juan de Dios; y el de sus familias; y el de las religiosas, de cofias grandes y blancas, que hacían las veces de enfermeras; y el de los médicos que sabían que no todo se agota en la ciencia y que la ciencia no lo agota todo.

Y al igual que en cada una de esas ocasiones, junto a Él lo superamos ahora. Con su ayuda dejaremos atrás estos largos meses de tristeza. Nos vestiremos de blanco y rojo fuego, y lucirán los estudiantes su beca. Y María será Consuelo de los Afligidos, las más grande mujer, portada por mujeres que hacen grande a Murcia y ensanchan su Semana Santa.

Y aún así, al traspasarme la retina la espada que a la Virgen le atraviesa con frío acero el alma, porque la profecía de Simeón, cuando el niño Jesús fue presentado en el templo, se ha cumplido, aún así y por eso no puedo dejar de pensar en su extremo e inconsolable sufrimiento. María en su Primer Dolor, que es anticipo de un calvario más duro, porque la Madre quisiera cambiarse por el Hijo y tampoco para Ella hay opción de apartar el cáliz, ni de evitar esa cruz que oprime el lagar místico y en la que se derrama la preciosísima Sangre de Cristo.

Sangre redentora, que brota como una hemorragia de sanación desde el costado de Murcia, que es el Carmen, y que se extiende por arterias que reviven la ciudad cada vez que los coloraos tiñen, con su antiquísima presencia, el Miércoles Santo.

Pasear esa mañana, es descubrir marcas tatuadas en el suelo que reservan espacios (los de siempre) para familias que invaden el recorrido a primera hora de la tarde, tan pronto la madera —cuando chasca como un aplauso seco— advierte en su sonido que las sillas ya se han desplegado.

Quién diría, presenciando el alegre tropel de niños nazarenos y tras ellos las enormes filas de penitentes de cirios y de agolpadas cruces; quien diría, viendo los numerosos mayordomos que les prestan puntual asistencia... quien diría ante esta multitud que enrojece de emoción toda mirada; quien diría que tras la invasión napoleónica, la desamortización y la decretada desaparición de los gremios, solo habían quedado siete valientes en la Archicofradía. Y ellos siete bastaron para demostrar lo que San Vicente Ferrer predicaba en Murcia: que «la acción es una oración sin palabras».

Una oración convertida en Cirineo, para alcanzar con esplendor nuestros días. Una escorrentía de buenas acciones, que se aloja en la cántara de barro de la historia y refresca la esencia de nuestra más sagrada tradición, como una Samaritana que sale al encuentro de Jesús, caminando por las veredas de la huerta.

Y todo es rito, en el ritual de capuces de haba y túnicas cortas; de solapas que asoman; de puntillas que burbujean

como la espuma del mar en el rompiente de nuestros pechos. Y todo tiene un porqué en ese estilo tan murciano de llevar los tronos, que a los foráneos hace pensar que cada cual bajo ellos camina a su manera. Miradas boquiabiertas que no se explican cómo en su inmensidad los pasos viran, cual bisagra engrasada, por lugares imposibles.

La almohadilla que se amarró en el sitio indicado por los cabos de andas, apenas calma el dolor acumulado de la horas, cuando la clavícula se resiente, mientras el sudor traspasa cada poro de la piel y de la tela. Sudor que es lavatorio, porque nace de un estar siempre dispuesto, siempre al servicio, siempre a la orden.

Y entonces, asomado al Segura, en su apariencia quieta, el Puente Viejo anima con su voz e insufla nuevos ánimos, inyecta nuevas fuerzas, fijando sus dos ojos en el río que sobre él ha de pasar, en su regreso al Barrio que ya espera. Se aprietan los dientes y se arquean las espaldas, que se juntan con otras que vuelven a sentir, por un momento, el saludo de las varas y tarimas. Estantes que visten el traje de los años, pero que lloran con la juventud de una primera lágrima. Tanto se han añorado, que la pendiente se sube cuesta abajo y de golpe, porque solo decir adiós es lo que se hace cuesta arriba.

Y por el mismo Puente Viejo que despide la Cuaresma, transita de vuelta el Jueves Santo con el luto silencioso de la Sangre, que se viste de negro porque negra es la pena de la Soledad en el Calvario, cuando el más grande Amor se sacrifica, cuando la Redención se transmuta en alimento eucarístico, en el cuerpo y la sangre de Cristo.

ae la noche. Y con la oscuridad llega el Silencio, coronando de morados capuces el negro de las túnicas, bajo el peso apreciable de un escapulario que cumple ochenta años y dice tanto, que sobra cualquier otra palabra.

Cae la noche y el Señor de San Lorenzo aguarda, sobre un monte de claveles rojos. Desde ahí arriba, nos saluda por nuestro nombre. «Ya estás aquí» –nos dice al llegar dentro del templo. «Ya estás aquí» –me dice, con una voz que resuena en mi interior, porque el Silencio habla, me habla y me conoce mejor que nadie, más que nadie, más que yo mismo.

QUE SE APAGUE TODO MENOS VERTE

En tu voz en silencio me refugio, En tu voz que dialoga sin palabras.

Bien sabes cuánto te necesito, cuánto ruido me estorba para amarte, cuántas luces me ciegan la mirada.

Que se apague todo menos verte. Que se calle todo porque hablas.

Que se duerman las penas de tenerte y no darme ni cuenta de que estabas. Que Tú y yo a solas tenemos que contarnos tantas cosas

que no nos sobra nada.

Que se apague todo y todo calle, que el portón de mi vida ya se abre con tambor sordo y toque de campana⁷

⁷ La coral Discantus aparece en escena en este punto del pregón, e interpreta «Señor me cansa la vida» canción con letra de Antonio Machado y música de Juan Alfonso García, que habitualmente acompaña la salida de la procesión del Silencio.

or todas partes te busco, mi Refugio, y en todas partes te encuentro solo por irte a buscar. Me llegas prendido en la salmodia de la aurora, que ha formado con sus aros dos corros con campanas, para colocarte en el medio como un farol que reza, mientras la palmera de la Oración del Huerto se preña de dátiles para ofrecer su dulce fertilidad.

Me llegas en la tradición de la impaciencia, pues la alborada ha tejido su anuncio con hebras de un morado intenso, que empujan las prisas por alcanzar la plaza de San Agustín, para ser el primer rayo de luz en verte en la mañana de Jesús, que es la mañana que hizo feliz a Sazillo.

Me llegas siendo Tú quien avanza, quien da los pasos que me sientan contigo a la mesa de la Santa Cena, compartiendo tu regazo con San Juan; que me indican la dirección del Padre en el dedo del ángel que te asiste, porque nadie más vela junto a ti; que me piden que no tense el brazo, ni empuñe la espada, cuando el beso de la traición te entrega; que me azotan la conciencia cuando el flagelo te hiere; cuando tu Santa Faz se imprime a sangre en el paño de la Verónica; cuando el peso de la cruz te hace caer, porque ya no puedes más, ni aguantas más y aún así te torturan; cuando caminas tus últimos metros con la muerte cargada a las espaldas, y en pos de ti el apóstol más querido y tu Madre, Reina de las Dolorosas, con su corona fulgente que ha cumplido quince años.

Me llegas con tanto dramatismo, con tanta realidad, que hasta el mismo cielo descarga a veces una tormenta de puro llanto al contemplarte, pues no otra cosa pasa cuando sobre Murcia llueve en tu mañana. Bien de Interés Cultural la han declarado, y lo entiendo. Más para mí eres y serás ante todo

Bien de Interés Cristiano, tanto bien espiritual haces y tanto bien procuras, siempre y en todo momento.

Eres patrimonio inmaterial de la memoria construida a base de repizcos en el alma; de prendas que vistieron antes que nosotros nuestros padres y abuelos, y los padres y abuelos de estos; de pecheras decoradas con el hilo de oro de las manos que nos mecían en la cuna; de cuentas de rosario de las madres que nos enseñaron a rezar el Padrenuestro. Eres catecismo en la carrera y liturgia dentro y fuera de tu iglesia privativa, pero diariamente abierta, que en sí misma es un círculo místico y pasionario sobre el que orbita la más pura devoción.

Nunca un viernes pudo ser más Nazareno. Nunca un Nazareno quiso ser más murciano. Nunca.

A ese que van a matar, lo conocemos desde hace tanto tiempo, que no nos cabe duda de que la condena se dirige contra uno de los nuestros, contra el mejor de nosotros, contra el más inocente, cuyo único delito ha consistido en redactar con sus actos un Nuevo Testamento, en el que el amor todo lo puede, todo lo cura, todo lo cambia.

Rey de los judíos, le han escrito al Rey del arrabal de la Arrixaca, al soberano de la primavera, al monarca de un reino de otro mundo, que pide el perdón de sus verdugos, porque «no saben lo que hacen»⁸.

El Viernes Santo muere un murciano en la Cruz implorando Misericordia no para Él, sino para nosotros. Y su cuerpo horadado se desangra en el madero, que ha sido alzado

⁸ Lucas 23: 34

nuevamente en San Esteban, y hasta tal punto se desangra, que la palidez aflora como si estuviera hecha de marfil.

Es entonces cuando la Misericordia se hace hogar para acogernos, como aquella Casa administrada por Julián Tudela y con el mismo propósito, pues como a niños dispersos nos reúne, nos cobija ante nuestras derrotas en la batalla de la vida, nos prepara, nos pertrecha y nos dispone para afrontar la pelea cotidiana que a veces, como bien sabemos, se vuelve tormentosa en sus incertidumbres.

Es entonces, cuando el sol se oscurece a la hora nona, cuando las tinieblas cubren toda la tierra y el velo del templo se rasga en dos, es entonces cuando la certeza se revela y entre golpes de pecho los mismos centuriones glorifican a Dios diciendo: «verdaderamente este era un hombre justo». Un hombre justo que ha muerto porque las voces que gritan y que medran, las que nunca ni ahora deben ser escuchadas, forzaron su crucifixión y escogieron liberar a Barrabás. Son ellos los que empuñaron la maza, mientras quien pudo impedirlo se lavó las manos.

«Si al árbol verde han tratado de esta manera, ¿en el seco qué se hará?» 10

Ya es demasiado tarde, porque todo se ha consumado. El más justo de los hombres, voluntariamente aceptada la Pasión, ha encomendado al Padre su espíritu y exhalado su último aliento.

⁹ Lucas 23:47

¹⁰ Lucas 23:31

Los nazarenos de la Misericordia, con sus colores que Murcia ha bautizado como «pavos», porque el apodo en Murcia es la primera señal de respeto, los cofrades de granate y negro, piden permiso a Pilato, y le prestan la escalera a Nicodemo y la sostienen junto a José de Arimatea, para descender a Jesús Cristo de Murcia, que se desploma en sus brazos.

En San Bartolomé, mientras tanto, ya se ha preparado y dispuesto el Santo Sepulcro. La ciudad al completo asistirá, ya lo está haciendo, al cortejo fúnebre, antes de que el sudario cubra el cuerpo y la pesada losa selle la tumba.

Luto riguroso, para expresar a la Virgen de la Amargura el pésame de todo un pueblo.

Las condolencias llegan de todos los rincones, de los más diversos oficios y de las propias cofradías, representadas con sus túnicas, estandartes y medallas, para así acompañar a las hermandades de la procesión oficial, en este duelo infinito.

Las hermanas Clarisas han rezado junto al Cristo de la Buena Muerte, que en su afecto hacia ellas ha querido llamarse de Santa Clara la Real. Y los antiguos alumnos de Maristas se han convertido en legionarios de Murcia, para elevar al crucificado con delicadeza en su postrero tránsito.

Es Viernes Santo, y han matado al unigénito de la Virgen de la Soledad que por amor renunció hasta de esta condición, porque más no podía entregar cuando entregaba sus últimos latidos. «Mujer, ahí tienes a tu hijo»¹¹ Murcia y Juan, ahí tenéis a vuestra Madre.

¹¹ Juan 19: 26-27

Y desde el corazón de Jesús, Murcia ha acogido el corazón de María Santísima de las Angustias, con el arcángel San Gabriel como testigo, para proclamarse Servita, sierva fiel de quien no tiene ya ni fuerzas para sostenerse en pie, y se derrumba ante el insostenible peso del cuerpo destrozado de su hijo. De ese niño que yace sin vida en sus rodillas y al que no logra calentar.

¿Por qué la muerte llegará con tanto frío? ¿Por qué no pudo ser de otra manera? ¿Por qué? ¿Por qué Dios mío?¹²



aría en su Soledad, bajo el manto negro de la noche oscura, no ha dormido en Viernes Santo. Fue la última en recogerse a las puertas del Santo Sepulcro. No podía resistir la pena, ni el tormento de cuanto ha presenciado. El Gólgota sabe a vinagre y amargura. A clavos y espinas que atraviesan y llagan sus entrañas.

¹² Se interpreta en este momento 'Stabat Mater Dolorosa' en la versión de Mons. Marco Frisina. El pregonero pronuncia entonces las siguietes palabras: «Soledad yo te saludo. Madre de Murcia que lloras. Quisiera ser tu esperanza. Quisiera ser tu consuelo. Aliviar toda tu pena. Sacarte de este tormento. Calmar todas tus angustias quisiera, mas yo no puedo. Ayúdame Madre mía, porque con el alma rota, me rompes a mí por dentro».

No, no puede dormir ni quiere. Necesita volver a las calles de Murcia, en las que cada tramo, cada rostro, cada templo, le recuerda a su Hijo amado. Pero le fallan las fuerzas. Aferrada a un rosario busca sin suerte el latido que se le ha roto en el pecho.

Al verla así, tan desvalida, quisiera gritar: «¡por caridad, que alguien la ayude!».

Y la Caridad sale a su encuentro y le presta sus hombros, y la sostiene con extrema dulzura, y en cada cuenta de los misterios dolorosos le dice «Dios te salve».

María se deja conducir en soledad. Los apóstoles no la acompañan. A Juan le pudo el cansancio; a los demás el temor de correr la misma suerte del Maestro. Se han ocultado bajo el techo de sus hornacinas y en las casas de sus hermandades, para no ser reconocidos.

Y solo quedan María y Murcia, Murcia y María, que se abrazan en Sábado Santo, que se dan la mano, mientras atardece despacio, a cámara lenta, aún más lenta porque la Soledad se hace Luz en San Juan de Dios.

Hasta allí ha llegado Nuestra Señora guiada por el tintinar que anuncia al Yacente. Solo la campanilla del muñidor tiene permiso para romper el silencio. Tintinar y golpe seco de Cabo de Andas. Túmulo blanco y sudario negro. Yacente y Luz. Blancos claveles y blanco luto hebrero, sobre pies descalzos, para no hacer ruido, porque los estantes no quieren despertar al Señor, que no ha muerto, sino que duerme.



Y al contemplarlo allí postrado, en esa nube blanca que recorre las últimas horas de claridad...

POR SER CUÁNTO YA ERES

Al verte así mi Cristo desvalido, entregado tu aliento hasta la muerte, con la Luz de tu Madre tan presente, descalzada mi alma te ha seguido.

Y clama por seguirte sin dobleces. Y aún no creyendo en ti te seguiría Y aún no siendo tú Dios, yo te amaría pues al hombre que has sido ya querría parecerme siquiera algunas veces.

En tu lecho de sueño inmerecido aunque no hubiera fe, la buscaría; y si no hubiera más, lo encontraría en tus palabras, tus obras, tu simiente.

En tu trémula carne de Yacente sigues siendo jardín embellecido que cultiva los hombros doloridos de nazarenos blancos y silentes. En tu aparente ausencia no te has ido. No te amortaja el perfume entristecido No te aprisiona la losa improcedente.

En el cortejo del amor durmiente despertar a la vida es el destino.

Duerme por hoy, mi buen Jesús inerte, que la Luz te acompaña en el camino. Que Murcia en su vigilia permanente protegerá tu cuerpo enmudecido con texturas de incienso evanescente.

Ya se descuentan las horas para verte en tu triunfal regreso renacido. Ya se intuye el domingo prometido.

Y aún con todo, Señor, para tenerte, me basta con sentirme redimido por el hombre que yace tan dormido que su muerte tan solo es aparente.

Y así, ante tu imagen consagrada, por ser cuanto ya eres te querría, y aunque no hubiera más te seguiría, mi Dios, mi Redentor, mi Luz amada.

III

PORQUE SOIS MURCIA

A seguir a Cristo, nazarenos, os convoco, pues Cristo resucita en nuestras vidas. Se ha hecho domingo de luz y gorro hebreo, de blanco raso y capa de triunfo, en el apostolado de las once hermandades del Resucitado.

Las campanas redoblan, ¿no las oyes? y el demonio arrastra sus cadenas. Ya lucen sus mantillas las *Manolas* con la alegría que entierra toda pena.

Emaús queda cerca, en Santa Eulalia. Os convoco a su mesa y al lago Tiberiades, porque sin haber visto habéis creído y sin los dedos dentro del costado herido se proclama la Gloria en nuestras calles.

Os convoco, cofrades victoriosos. La paz sea con vosotros para siempre. Que Jesús resucita en carne y hueso, y tantas cosas hace a través vuestro que, de escribirse una a una, «no cabrían en el mundo de los libros»¹³.

Os convoco, hasta el pregón de cierre, os convoco y bendigo.

¹³Jn 21:25



Que Cristo resucita y resucita el sentir más revivido, y llega la ilusión en procesiones y llega la Pasión de las Pasiones que invade por completo los sentidos.

Que la Virgen Gloriosa os acompañe. Que la Ascensión ya viene, es inminente. Que Murcia es Tierra Santa, es un sagrario, estante de nuestro ser y para siempre.

Os convoco, os convoco y os pido que las pequeñas cosas nos cuenten sus historias, en su escalón de piedra, que es una mecedora en la memoria.

Que los consiliarios y abades se hagan camareros de la Palabra que prende bajo el agua.

Que los balcones adornen sus colores, que las marchas resuenen en las bandas y los Auroros enciendan sus faroles, porque os convoco a pregonar conmigo.

Porque sois Murcia y su Semana Santa.

AGRADECIMIENTOS

Quedará para la historia que 2022 nos brindó la oportunidad de recuperar el contacto emocional con nuestras procesiones. Unas circunstancias excepcionales que conferían mayor responsabilidad al honroso cometido de pregonar la Semana Santa. Quiero agradecer por ello el afecto y apoyo de todos los presidentes de Cofradías, del presidente del Cabildo, José Ignacio Sánchez Ballesta, y de mis dos "confesores": Tomás Parra y Andrés Marín. Sus brazos abiertos, su generosidad y su acogida, me han regalado momentos que nunca olvidaré.

Gracias a mi admirado amigo, articulista y pintor Enrique Nieto, este tiempo de resurrección y floración de la esperanza, pero también el homenaje y recuerdo permanente, se ha plasmado en las obras que ilustran la portada y una de las páginas interiores de este libro. Elena Olmos y Rosario Alcázar, me han permitido disponer durante el pregón del manto blanco de Nuestra Señora de la Luz en su Soledad, con su especial simbología cuando se cumplen veinte años del fallecimiento de Juan José Capel. Antonio Liza me ha acompañado en cada paso y se ha desvivido para que todo estuviera listo en el Romea; junto a él todos los técnicos y en la retaguardia Alejandro Artés, que ha aportado la creación audiovisual.

Singularmente, quiero dar las gracias a la televisión de la Región de Murcia «La7» cuyo director, Antonio Peñarrubia, ha facilitado todo lo necesario para la retransmisión en un año también especial para este medio por cuanto, con pleno merecimiento, el canal autonómico ha sido distinguido como Mayordomo de Honor de la Semana Santa. Qué gran fortuna para Murcia contar con tan grandes profesionales.

Mi gratitud infinita a Alberto Garre Martínez y junto a él, a Andrés Pérez y Ángel Luis Carrillo, cuya implicación y dirección ha hecho posible la interpretación musical, con la calidad contrastada de la Agrupación del Cabezo de Torres, que cumple cuarenta años, y de la Coral Discantus, a la que se ha sumado la voz de la saetera María Belén Alaminos.

Y gracias, las más sinceras, a la Murcia nazarena, verdaderos heraldos de la Semana Santa y de la fe que proclaman.



